

CLAUDE FELL

JOSÉ VASCONCELOS

LOS AÑOS DEL ÁGUILA, 1920-1925

EDUCACIÓN, CULTURA E IBEROAMERICANISMO
EN EL MÉXICO POSREVOLUCIONARIO

Tomo 1



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
MÉXICO 2020

ÍNDICE GENERAL

TOMO 1

Advertencia.	7
<i>Ana Carolina Ibarra</i>	
Nota al lector	9
<i>Álvaro Matute</i>	
Prefacio	13
Introducción	15
JOSÉ VASCONCELOS, RECTOR DE LA UNIVERSIDAD	
DE MÉXICO	27
La campaña contra el analfabetismo	36
Las circulares de 1920	37
Los obstáculos para la alfabetización	56
Los centros de alfabetización	63
Los resultados	67
La federalización de la educación nacional	73
“El ministro a caballo”	73
El proyecto de Vasconcelos	82
Las reacciones al proyecto de ley	92
La aplicación de las medidas de federalización	103
LA EDUCACIÓN AL SERVICIO DEL PUEBLO	115
La enseñanza y la cultura en la nación	115
El mundo del trabajo y el mundo de las ideas	116
Educación y nivel de vida	123
Yucatán y la escuela “racionalista”	131

La evolución del devenir nacional mexicano	138
Construir escuelas y formar maestros	152
Las construcciones escolares	154
El lugar del maestro en la nación	159
Hacia una ética y una pedagogía nuevas	171
Hacia una nueva formación de los maestros	192
La enseñanza primaria y técnica	229
El jardín de niños	231
La escuela primaria	235
La enseñanza técnica	280
La escuela rural y el Departamento de Cultura y Educación Indígena	292
Castellanizar al indio	292
Los maestros misioneros	314
Las casas del pueblo	341
El desarrollo de las misiones culturales	362
La enseñanza secundaria y superior	387
La reorganización de la Universidad	387
El funcionamiento de la Universidad	410
Evolución y reformas de la Escuela Nacional Preparatoria	444
El Congreso de Escuelas Preparatorias (México, 10-20 de septiembre de 1922)	461
El conflicto de la Escuela Nacional Preparatoria	487

TOMO 2

LA POLÍTICA CULTURAL DE LA SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA	523
Hacia una definición de la cultura	525
Los fundamentos de la estética vasconcelista	533
La fuente pitagórica	536
El misticismo plotiniano	547
Hacia un arte americano universal	554
El departamento de bellas artes	572

La cuestión del academicismo	576
Un "nuevo arte nacional"	588
La música	600
Socializar la expresión pictórica	606
"La educación artística del pueblo"	630
El renacimiento de las artes populares	649
La arquitectura y la escultura	658
El teatro	668
La cultura a través del libro	691
Los problemas de la edición mexicana	692
La acción del Departamento Editorial de la SEP	699
Las revistas de la SEP	718
La multiplicación de las bibliotecas	739
El escritor y la literatura en tela de juicio	752
Por una nueva estética de la creación literaria	753
El Congreso de Escritores y Artistas (16-30 de mayo de 1923)	762
Literatura y revolución	770
EL IBEROAMERICANISMO DE JOSÉ VASCONCELOS	795
El llamamiento a la juventud	800
La oposición a la dictadura de Juan Vicente Gómez ..	801
El Congreso Internacional de Estudiantes de México (20 de septiembre-8 de octubre de 1921)	810
"Maestro de la Juventud"	816
Las lecciones del periplo sudamericano de 1922	855
Brasil	856
Uruguay	865
Argentina	871
Chile	894
La "raza cósmica" o el mestizaje sublimado	918
Conclusión	947
BIBLIOHEMEROGRAFÍA DE JOSÉ VASCONCELOS	963
Obras	963
Prólogos	968

Artículos, conferencias, declaraciones y discursos (1920-1925)	970
BIBLIOHEMEROGRAFÍA GENERAL	983
Publicaciones periódicas	1061

PREFACIO

El presente trabajo es, ante todo, fruto de cinco estancias sucesivas en México, en 1965, 1968, 1971, 1974 y 1975, y de consultas más o menos prolongadas en las bibliotecas de Lima, Caracas, Madrid, Nueva York y Washington. Si ha podido llegar a buen término ha sido a raíz de un año de asignación temporal en el CNRS, obtenida gracias al respaldo y a la generosidad de mis colegas de la Sección de Español de la Universidad de Haute-Bretagne, y a la buena voluntad de los miembros del consejo de dicha universidad, a quienes deseo reiterar mi agradecimiento. En este sentido, mi trabajo debe también mucho a la ayuda de los señores Jacques Maître y Alain Touraine.

Conté con igual benevolencia por parte del profesor Verdevoye, quien fue mi guía y sostén a lo largo de este estudio. Sus consejos cuidadosos y precisos fueron para mí una ayuda decisiva. Quisiera reiterarle aquí mi profundo agradecimiento.

En México tuve la suerte de contar con la colaboración inapreciable del señor José Luis Martínez, quien me abrió las puertas de su fabulosa biblioteca y, en particular, las de sus colecciones únicas de publicaciones periódicas y revistas. Su generosidad y su afabilidad fueron constantes, y sus consejos bibliográficos y metodológicos me hicieron ganar un tiempo precioso y me orientaron hacia vías de investigación particularmente fructíferas.

Con igual generosidad ilimitada, la señora Alicia Reyes, nieta del gran escritor contemporáneo y compañero de Vasconcelos, Alfonso Reyes, puso a mi alcance los archivos de su abuelo, en la Capilla Alfonsina, y me permitió consultar la correspondencia de Reyes con Vasconcelos, Pedro Henríquez Ureña, Julio Torri y Diego Rivera. Si mi trabajo tiene alguna profundidad, la debe a tales fuentes. Quiero, pues, expresar de nuevo mi agradecimiento a Alicia Reyes.

También doy las gracias a mi amigo Carlos Fuentes, quien me escuchó y aconsejó, y a quien debo el haber podido pasar más de un mes en la ciudad de México en 1974. También he de mencionar el respaldo activo y generoso de Octavio Paz, José Emilio Pacheco, Fernando Benítez, Salvador Elizondo, Emmanuel Carballo y Ernesto Mejía Sánchez. El doctor Leopoldo Zea me concedió varias entrevistas largas, y orientó atinadamente la primera parte de mi estudio, que mucho le debe. Asimismo recurrí con asiduidad a la pericia y los consejos de la señora María del Carmen Ruiz Castañeda, directora hasta 1976 de la Hemeroteca Nacional, quien me envió puntualmente todos los documentos que me eran necesarios y que, por falta de tiempo, a veces no podía consultar en la hemeroteca misma. Va para ella mi agradecimiento, así como para Neus Espresate, codirectora de la Editorial Era, quien también facilitó en gran medida mis investigaciones.

Conté igualmente con el apoyo decisivo de los miembros del Instituto Francés de América Latina de la ciudad de México, y en particular de su director, señor Alain Caron, y del señor Jean Rose, quien por mucho tiempo fue director del servicio de investigación de dicho instituto. Agradezco profundamente su ayuda.

Finalmente —“last but not least”—, quisiera expresar mi gratitud al profesor Seymour Menton, de la Universidad Irvine, de California, quien me facilitó el acceso a la prensa de la costa occidental de los Estados Unidos y al fondo mexicano de la Biblioteca de Berkeley. La traducción al español del manuscrito original en francés de *José Vasconcelos, los años del águila, 1920-1925* fue realizada por María Palomar.

INTRODUCCIÓN

En los últimos meses de 1910, México, que desde hacía más de treinta años vivía la “paz porfiriana”, comienza a cimbrarse bajo el impacto de una serie de convulsiones sociales que cobrarán cada vez mayor fuerza, mayor profundidad, y llegarán a poner en tela de juicio un sistema caracterizado por sus profundas desigualdades, cuyas raíces se remontan hasta el mismo periodo colonial y que el siglo XIX vino a consolidar y exacerbar hasta hacerlo insostenible para el sector más numeroso y más desposeído de la nación. El proceso revolucionario atraviesa luego una fase de violencia que culmina en 1915 con los combates de Celaya, de los que sale vencido el partido villista y victorioso el tándem Carranza-Obregón. Venustiano Carranza, quien fuera gobernador en el régimen de Porfirio Díaz, cae a su vez en mayo de 1920, luego de haber accedido, en un primer momento, a algunas reformas fundamentales ratificadas por la Constitución de 1917, y después de haber intentado, en una segunda etapa, conservar el poder supremo por sobre los límites legales del mandato presidencial. Con Obregón, elegido en noviembre de 1920 por sufragio universal, la Revolución se “institucionaliza”. Hasta 1923 —a fines de ese año y principios del siguiente, el país se hunde de nuevo en la guerra civil—, México disfruta de un periodo de paz y de prosperidad relativas, que le permiten emprender la reorganización de un país con un territorio en gran medida devastado, una economía tambaleante y un gobierno que no contaba con el reconocimiento del poderoso vecino norteamericano.

Numerosos historiadores y cronistas —algunos de los cuales tomaron incluso parte activa en el desarrollo de los acontecimientos revolucionarios— han descrito en México, en los Estados Unidos, en Francia y en otras partes, detalladamente o a grandes rasgos, la formidable conmoción y sus secuelas. De tales evocaciones han surgido nombres gloriosos o infames: Francisco

I. Madero, Victoriano Huerta, Pancho Villa, Emiliano Zapata, Pascual Orozco, Venustiano Carranza, Álvaro Obregón; nombres recogidos y transformados en mito por la literatura, el corrido, el cine y la pintura. Asimismo, han sido abordadas cuestiones tales como la evolución del estatuto de la propiedad de la tierra, los avances y tropiezos de la reforma agraria promulgada en 1915, la elaboración de la Constitución de 1917, la cuestión del petróleo —que cobra importancia y se agudiza durante las presidencias de Carranza y, sobre todo, de Obregón, para culminar en 1938 con la nacionalización llevada a cabo por Lázaro Cárdenas—, la repartición de los poderes, las relaciones entre el Ejecutivo y el Legislativo, el problema religioso, la gestación del presidencialismo, etcétera.

Sin embargo, todo cuanto atañía a los problemas de la enseñanza, de la educación, de la alfabetización, de la cultura, seguía siendo, en mayor o menor medida, terreno inexplorado. En este campo, quizá más que en otros, fueron enormes las repercusiones de la lucha política, de los enfrentamientos armados, de la desorganización administrativa y económica y de la penuria financiera que trastornaron la vida nacional mexicana a partir de 1910. Tanto más cuanto que, pese a los esfuerzos innegables de Justo Sierra, y a su incansable actividad desde 1905, a la cabeza del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, encontramos en el terreno de la educación y de la cultura las mismas desigualdades, los mismos desequilibrios y las mismas injusticias que en otros sectores: la enorme mayoría de la población es analfabeta; las escuelas se concentran sobre todo en las ciudades, en detrimento de la población rural; si bien la enseñanza superior ha sido reformada y alcanza en 1910 un auge particular con la reapertura de la Universidad de México, en la educación primaria se carece de instalaciones, de profesores, de medios económicos, etcétera. Definir y llevar a la práctica una política educativa y cultural clara, dinámica y democrática significaba poner en tela de juicio las estructuras y la evolución de la sociedad mexicana, obligarla a contemplarse a sí misma, a autoanalizarse, a reflexionar sobre su propio desarrollo, su cohesión y su futuro —sobre su “regeneración”, como dicen los

ensayistas mexicanos posteriores a 1910—, teniendo presentes las “conquistas” revolucionarias y las reivindicaciones formuladas desde la caída de Porfirio Díaz. Sabemos que el movimiento zapatista exigía “tierra y libertad” y que el Plan de Ayala de 1911 fue la base para los textos de 1915 sobre la reforma agraria. Pero es menos sabido que los zapatistas proponían, asimismo, un proyecto de sistema educativo abierto a todos y firmemente implantado en el sector rural.

Con el mismo título que la reforma agraria, la protección de los trabajadores o la renovación de las instituciones, la instauración de una nueva política educativa debía tender a una mayor igualdad y una mayor justicia y, de tal manera, responder a las aspiraciones profundas del país, que había comprendido que la educación podía ser un instrumento formidable para desestratificar y reequilibrar la sociedad. Cuando José Vasconcelos emprende, en 1920, una vasta campaña de alfabetización, son muchos los poblados, las comunidades indígenas, las asociaciones campesinas u obreras, que piden que se les envíe alfabetizadores voluntarios y material escolar de primera necesidad. Sin que se hubiesen explicitado clara y repetidamente reivindicaciones precisas, se ve en esa ocasión que el pueblo mexicano consideraba el analfabetismo como un factor importante de marginación, y que tenía sed de instrucción —sed de una instrucción, en un primer momento, quizás un tanto “rudimentaria” o técnica, más que de “educación” o “cultura”—.

Nuestro estudio, centrado en el periodo 1920-1924, se propone primeramente analizar las modalidades de acceso a la educación y a la cultura de un país que toma conciencia de sus problemas internos, tras un largo periodo de enajenación y, para la mayor parte de la gente, de oscurantismo. Es por esto por lo que hemos intentado describir, con la mayor frecuencia posible, lo que sucedía en la práctica; qué acogida tenían las decisiones tomadas por la Secretaría de Educación Pública (SEP), reconstituida en 1921; cuáles eran, por una parte, los obstáculos que surgían para la secretaría y, por otra, las reacciones del cuerpo docente, de la prensa, de la clase política y —en la medida en que se conocen— las de la población.

La implantación de una política educativa y cultural no es en México —a diferencia de lo que ocurre en la Rusia de 1917— contemporánea y concomitante de la caída de Porfirio Díaz y del desarrollo del movimiento revolucionario. La precede un largo periodo de titubeos, de dudas, de tentativas, e incluso de regresión respecto de lo obtenido gracias a la labor de Justo Sierra y de algunos grandes pedagogos del siglo XIX: en 1920, según las estadísticas oficiales, el 4.93 % de la población está escolarizado, contra el 6.23 % en 1910. Debemos, pues, preguntarnos por qué no se emprendió una obra de verdadera democratización de la enseñanza y por qué algunos de los responsables de este sector y ciertos funcionarios de los gobiernos de Madero o Carranza actuaron con tal medida —a veces incluso con reticencia— ante la necesidad de multiplicar las instituciones escolares. ¿Acaso temían que la escuela se convirtiese en una “fábrica de zapatis-tas”, según la expresión de uno de los más influyentes políticos de la época? Pero, paralelamente, ¿era posible que México viviera y progresara con más de un 80 % de analfabetos? ¿Cómo suprimir el analfabetismo? ¿Se podía establecer un sistema educativo único para todo el país, pese a las disparidades sociales, regionales y económicas? ¿Se debía conservar y subsidiar las instituciones privadas? ¿Cómo utilizar la escuela para poner fin a la marginación de las comunidades indígenas? ¿Se debía imponer como regla el monolingüismo? ¿Qué lugar dar a la enseñanza técnica y a la cultura general? ¿Se justificaba el mantenimiento de una educación superior (Universidad, Escuela de Altos Estudios)? ¿Se podía utilizar como inspiración modelos extranjeros, en particular norteamericanos? ¿Qué ideología (“ética”, decían) debería transmitir la educación? Todas estas interrogantes se plantean entre 1910 y 1920, de manera desordenada y fragmentaria. Y es significativo el hecho de que no se les haya dado nunca una respuesta concreta, completa y duradera.

En 1920 termina el estancamiento. Con el acceso al poder de Álvaro Obregón, el país se estabiliza durante algunos meses, hasta 1923 y el estallido de la rebelión delahuertista. Este periodo de tregua política, aunado a la reorganización de la vida económica y administrativa, permite el desarrollo de una vasta empresa edu-

cativa y cultural que va a suscitar en el país un profundo movimiento de adhesión. Detrás de este movimiento está un hombre: José Vasconcelos, quien no había tenido en los acontecimientos de la Revolución sino un papel secundario y episódico y que, entre 1920 y 1924, mostrará realmente su talento como animador y creador. Y, sin embargo, pocas figuras públicas han suscitado tanto odio, tantos ataques, críticas y controversias como Vasconcelos. De él se conoce sobre todo su desafortunada campaña presidencial de 1929 y esa manzana de la discordia que son los cuatro tomos de su autobiografía, publicados entre 1935 y 1939. Partidario entusiasta y fiel del presidente Madero, sufre los ataques de villistas y carrancistas; ministro celoso y activo de Obregón, ataca con violencia a Plutarco Elías Calles y su gobierno; simpatizador del socialismo en la década de los veinte, luego se vuelve, más o menos abiertamente, hacia el nacionalsocialismo hitleriano y dirige, en la ciudad de México, durante la Segunda Guerra Mundial, la revista *Timón*, subsidiada por la embajada de Alemania en México. Si en 1925, cuando publica *La raza cósmica*, desprecia a los Estados Unidos, en la etapa de la Guerra Fría apoya a voz en cuello a los aliados. Se autodefine como escritor “violento” y multiplica los anatemas, las provocaciones y las polémicas. Vasconcelos, en quien se encarna la conciencia de México —a veces buena, a veces mala—, es considerado extremista y, hasta hace algunos años, el investigador se topaba frecuentemente con un hermetismo que le vedaba el acceso a cualquier opinión (o biblioteca privada, o archivo) al intentar estudiar la obra de un hombre que suscitó, a veces en las mismas personas, la adhesión más ferviente y las condenas más desaforadas. Vasconcelos, polígrafo que abarcó el ensayo filosófico, el teatro, el cuento, la autobiografía, la historia, transmite a su obra esa vehemencia que aparece como una de las constantes de su conducta.

A partir de 1925, y ya definitivamente alejado de la participación directa en la “cosa pública”, Vasconcelos contempla con rencor y amargura su pasado, y juzga el presente con una dureza que frisa en la agresividad. Es ésta la imagen que México ha conservado: la de un hombre amargado y “al margen”. Prácticamente nadie se ha interesado por la empresa educativa y cultural dirigida por